



HOMILÍA en la Ordenación Sacerdotal de Fray Francisco Varela Figueroa, Mercedario.

Santa Iglesia Catedral (9 de julio de 2011)

Rvdo. P. Provincial, P. Comendador y miembros de la Cdad de PP. Mercedarios; sacerdotes concelebrantes; Hermanos todos:

Es siempre gratificante para un Obispo imponer las manos a un nuevo presbítero, ya que ello significa por un lado, que el Señor sigue bendiciendo a nuestra Iglesia; y por otro, que sigue habiendo jóvenes abiertos a escuchar a Jesús decir: "Ven y Sígueme". Jóvenes dispuestos a vivir la aventura más hermosa y plena de la vocación humana: entrar en la más íntima comunión trinitaria, participando del único sacerdocio de Cristo, que es, querido Francisco, lo que vas a vivir tú en esta mañana.

La ordenación te va a constituir en sacramento viviente de Cristo Cabeza, Pastor, Esposo y Guía de la Iglesia. Ello quiere decir que serás marcado por el Espíritu con los rasgos de Cristo. No es una llamada desde fuera, ni una misión que venga desde el exterior. No eres contratado como obrero temporal, sino a tiempo completo. Cuando Dios nos llama, nos consagra para ser sacramentos de su Presencia. Jesús no es el Pastor ausente. Como decía San Juan Crisóstomo:

“Los sacerdotes han recibido un poder que Dios no ha dado ni a los ángeles ni a los arcángeles... Dios sanciona allá arriba todo lo que los sacerdotes hagan aquí abajo”.

Por tanto, el sacramento que pronto vas a recibir es como todo sacramento un acto del mismo Señor. Es Cristo mismo quien actúa asociándote íntimamente a Él; el sacramento imprime carácter, es decir, imprime un sello indeleble de Cristo en tí, asumiendo tu yo en el suyo.

Como podemos ver la riqueza espiritual del sacerdocio es enorme. Grande es la dignidad del sacerdote, y también inmensa su responsabilidad, pues, en virtud del sacramento del Orden, es configurado de modo especial con el Sumo y Eterno Sacerdote, y capacitado para representarle visiblemente delante de los hombres, para hacer sus veces y actuar “in persona Christi Capitis”, es decir, como instrumento vivo de Cristo Cabeza de la Iglesia.

Ante tan gran don damos gracias a Dios e invitamos a Francisco a estar pronto para postrarse en tierra en signo de total donación y plena disponibilidad de servicio al Señor y a su Iglesia y le repetimos las palabras pronunciadas por el profeta Isaías en la primera lectura “No temas, que yo te he rescatado, te he llamado por tu nombre. Tu eres mío”.

También hoy el Señor quiere convertirte por la imposición de manos del Obispo en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna. El mismo Dios viene, por la acción del Espíritu Santo, a configurar tu vida con el Corazón Sacerdotal de Jesús, que tan bien nos muestra el evangelio proclamado. La samaritana no necesitó ningún milagro; pero vio en Jesús el entusiasmo y la gracia de quien actúa en nombre de Dios. Esta gracia se transparenta en su respuesta a los Apóstoles al volver cuando le dicen:

"Rabbí, come". Pero Él les dijo: "Yo tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis. Decían los discípulos entre sí: ¿Acaso alguien le trajo de comer? Jesús les dijo: mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra".

Jesús, que había comenzado pidiendo agua para beber, supera la sed, llevado por el proceso de conversión de aquella mujer. Aún estando cansado se le pasa el cansancio volcándose en los que acuden a Él. La alegría interior le lleva a despreocuparse de las necesidades del cuerpo cuando hay una misión más urgente. El hambre, la sed, el cansancio se superan ante el horizonte de conversión de todos aquellos que necesitan conocer el Evangelio.

En efecto, Jesús tiene sed y hambre de almas; por ello descansa cuando las almas responden; más que la fatiga del cuerpo, le consume la sed de corazones, sedientos como él, de conocer el amor de Dios. Por esto, al llegar la samaritana, aquella mujer pecadora, el Corazón Sacerdotal de Cristo se vuelca, diligente, para recuperar la oveja perdida.

Por tanto, querido Francisco, a la luz de estas palabras, tu ordenación sacerdotal tiene también por finalidad y destino una misión. Una misión que no es otra sino la misma del Señor Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote: proclamar la Verdad del Evangelio que ilumina y salva; comunicar la gracia que perdona y santifica; y manifestar el Amor del Padre que consuela y guía a su pueblo. Como decía Juan Pablo II en una de sus homilías:

"En un mundo como el nuestro, tan expuesto a tentaciones que apartan al hombre del misterio de Dios, el sacerdote, como buen pastor, tiene que ser transparencia del rostro misericordioso de Jesús, el único que salva; tiene que enseñar a los hombres que Dios los ama infinitamente y siempre los espera; tiene que reflejar los sentimientos del mismo Cristo dando siempre testimonio de una inmensa caridad pastoral" (Cf Homilía 12.VI.93).

Nuestra misión como sacerdotes es hacer presente a Cristo en nuestro ministerio. A través de nosotros, es el Señor Quien hace presentes sus misterios de gracia: bautizará, perdonará, actualizará el sacrificio de su muerte y su resurrección en la Eucaristía, bendecirá, reunirá a su pueblo, servirá, manifestará su predilección por los más pequeños y más pobres. Por ello, como hasta ahora y hasta el día de nuestra muerte, tenemos que ser siempre agradecidos al amor de Cristo que nos ha amado primero.

¡Y debemos ser siempre fieles a la gracia de nuestra vocación! El Señor Jesús sin que haya mediado ningún mérito especial de tu parte, por pura gracia, se ha fijado en ti y te ha llamado por tu nombre. A través de tu persona y de tu ministerio se actualiza en nuestro presente el acto redentor de Cristo, como afirmaba Benedicto XVI en la clausura del año sacerdotal:

"El sacerdocio no es un simple «oficio», sino un sacramento: Dios se vale de un hombre con sus limitaciones para estar, a través de él, presente entre los hombres y actuar en su favor. Esta audacia de Dios, que se abandona en las manos de seres humanos; que, aun conociendo nuestras debilidades, considera a los hombres capaces de actuar y presentarse en su lugar, esta audacia de Dios es realmente la mayor grandeza que se oculta en la palabra «sacerdocio»". (Cf. Homilía 11-VI-2010).

Toda esta misión viene además enriquecida por tu ser mercedario. Hoy más que nunca tu vida y tu ser es "merced" de Dios para el mundo. Tu configuración sacramental con Cristo te hace auténtico "mercedario", es decir, llamado a liberar a tantos cautivos en las redes del pecado por el sacramento del perdón y la reconciliación. De hecho, el ministerio de la Reconciliación que hoy se te confía, tiene en ti un gran significado, pues hablar de merced es hablar de "misericordia" y es mirar a María, figura de la Iglesia que, como buena Madre, nos da siempre una prueba -más con hechos que con palabras- del gran amor que Dios nos tiene.

Este sacramento otorga la libertad de los hijos de Dios, reconciliando con Dios y con la Iglesia a los fieles que se reconocen pecadores y aumentando la gracia en quienes lo reciben dignamente. Ésta debe ser una de tus pasiones mercedarias: acercar muchas almas a Dios en el Santo Sacramento de la Penitencia.

Igualmente el Señor te llama a no olvidar nunca lo que tantas veces recordó el amadísimo Papa Juan Pablo II, y sobre todo, en su última Carta a los sacerdotes, pocas semanas antes de su muerte:

“la Eucaristía y el sacerdocio han nacido juntos en el Cenáculo de Jerusalén, la tarde del Jueves Santo. Por esta razón, la existencia sacerdotal ha de tener, por un título especial, forma eucarística”. Es este pan del cielo, la gran Merced que debes llevar también al hombre de hoy.

Por último, tu ser mercedario te obliga a establecer en tu sacerdocio una especial relación con María, que está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas. Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía. El mismo Papa lo expresaba diciendo:

«En el "memorial" del Calvario [en la Santa Misa] está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su pasión y muerte. Por tanto, no falta lo que Cristo ha realizado también con su Madre para beneficio nuestro... »

Vivir en la Eucaristía significa tomar con nosotros —a ejemplo de Juan— a Quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por Ella. Siendo sacerdote precisamente en cuanto hombre, Jesús ha querido asociar a su Madre a su obra redentora. Desde lo alto de la Cruz, en efecto, dirigió al discípulo aquellas maravillosas palabras: “he ahí a tu Madre”; y a la Virgen: “he ahí a tu hijo” (cfr. Jn 19, 26-27).

Ciertamente todo cristiano es hijo de María, pero el sacerdote no puede nunca olvidarlo. Este recuerdo adquiere hoy para ti una resonancia especial, ya que cuando Jesús en la cruz se dirigía a Juan, hablaba a un discípulo que había sido revestido de la dignidad sacerdotal la tarde anterior, en el Cenáculo.

Por tanto, queridos hermanos, pidámosle a la Santísima Virgen de la Merced por Francisco para que le ayude a ejercer su ministerio sacerdotal y para que se despierte en todos nosotros la ilusión de un nuevo amanecer de vocaciones sacerdotales, con el deseo de que muchos jóvenes pongan con firmeza la mano en el arado (cfr Lc 9, 62) y mirando sólo hacia delante, se entreguen con total generosidad al seguimiento de Cristo Sacerdote, quien no quita nada de lo que hace la vida libre, bella y grande, sino que más bien lo da todo, pues quien se entrega al Señor, recibe “el ciento por uno” (cfr Mt 19, 29).

Pidámosle a Nuestra Madre de la Merced que suscite en nuestra diócesis sacerdotes que impulsados por el ejemplo de los Apóstoles y asistidos de la protección materna de María, hagan de sus vidas el más hermoso regalo de Dios a los hombres. Sacerdotes que unidos a Cristo, a su Persona, a sus pensamientos y sentimientos, oren y trabajen a favor de la humanidad, ofreciendo el misterio de Dios, su Evangelio, su gracia y su amor, perpetuando las palabras de Cristo:

"convertíos, creed, venid a mí, perdonados son tus pecados, comed y bebed, amaos como yo os he amado, entra en el gozo de tu señor”.

Que así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez